

se va empapando de cuanto le rodea. No es que hiciera aquí toda su carrera, sino que las ausencias y las estancias se sucedieron tan continuas y compensadoras que no pudo existir el desarraigo del trasplante.

Nació en la calle Pascuala, frente al callejón del horno de Juandela, el 23 de Enero de 1906, pasando allí y en la Placeta de la Justa hasta el principio del curso de 1917, que ingresó en el Colegio de Belmonte, pero la circunstancia de inaugurarse en ese tiempo el Colegio Seráfico de Alcázar, hizo que el alcazareño volviera a su pueblo a los dos años y permaneciera

otros dos sin salir, hasta que el año 21 fué a tomar el hábito a Arenas de San Pedro. Pasó siete años entre Pastrana y Consuegra completando su preparación para cantar misa en Alcázar el 6 de Junio de 1929, permaneciendo tres años al lado de sus padres, extrañándose después para regentar como guardián y maestro las casas de la Orden en Pastrana, Puebla de Montalbán, Avila y Madrid, donde se encuentra actualmente realizando una labor meritoria que representa seguramente el esfuerzo cumbre de su vida y que será coronado por el éxito que merece.

## CURANDEROS NOTABLES

VIVI bastantes años en el entonces precioso barrio de Lavapiés, de Madrid, donde conocí a mucha gente notable, cuyos rasgos nutrían las páginas de la literatura barriobajera con absoluta autenticidad o todavía con más resalte en lo vivo que en lo pintado. Ahora me doy cuenta del arsenal anecdótico que perdí, como decía Emilio Paniagua, lamentando no haber anotado lo oído en tantos años a Victoriano «el Viejo» y a Estanislao Utrilla.

Había por allí bastantes alcazareños de rasgos sobresalientes, algunos del notable gremio de zapateros, recordados en otros cuadernos. Entre los que habían andado tiempo antes con nuestro torero «Naranjito», había un curandero que se las echaba de médico y causaba asombro, tanto por su fachenda, como por su cinismo. Se llamaba como «Frascuero» pero no se le parecía en nada. Como torero, no había pasado de la categoría de nuestro paisano y como frescura, allá se las iban Blas y él, si bien a Salvador le lucía mucho más. Vivía en la calle de Buenavista, no sé cómo pero cómodamente. No hizo nada con los toros, pero los toros con él sí, porque lo dejaron tuerto del izquierdo y le llenaron el cuello de costurones. Hombre saludable, de estatura más bien baja. Le conocí con el pelo casi blanco, pero sin una calva. Eran tiempos ostentosos y llevaba los dedos cuajados de sortijas, como los médicos de entonces. Cadena de oro, gruesa, con una leontina de colgante. Reloj de tapas. Y un bastón de nudos, gordo, como un picador y siempre traje y sombrero nuevos, camisa almidonada y un gran alfiler de corbata.

Como era posible que Salvador llevara tanto metal y pedrería encima nadie se lo explicaba, pero él lo lucía con cierto desdén, fumando cigarrillos de cuarenta y cinco, con su papel. Calzaba a la española, con bota de una pieza, fina y ajustada como los «tocaores» y «bailaores» de cartel que abundaban en el barrio.

Solía hablar de sus «principios», de D. José Ortiz de la Torre y de D. Juan Bravo, a los que solo conocería de nombre porque eran los que entonces asistían a los toreros de fama y a los cuales enmendaba la plana en su ejercicio, siendo llamado cuando dejaban una cosa por imposible.

Este hombre, de porte distinguido dentro de la flamenquería, como nuestro «Casitas», criado en el mismo barrio y con la afición a los toros, subía a diario la Torrecilla de Leal, empaquetado, como si fuera a desempeñar misiones trascendentes en los barrios altos, entre la gente gorda y el hecho es que su brillo le proporcionaba, demostrando que no solo en los ambientes pueblerinos prospera esta frondosa y silvestre planta del curanderismo, sino que en los ambientes más pulidos puede cualquiera al que no le falten el aplomo y la audacia de D. Salvador, escalar las alturas con los conocimientos adquiridos en las naves del matadero, apuntillando y descuartizando reses, con los matarifes, para familiarizarse con el ganado y alentar su afición. Por entonces había otro, Sánchez, (D. José llegaron a decirle) de mucho prestigio, que con el marchamo de masagista, alternaba normalmente con las primeras figuras de la Medicina en los palacios aristocráticos y entre ambos Sánchez y otros muchos, hacían una buena guerra al Dr. D. Joaquín Decref, cubano, andalucista eminente, de una atabilidad encantadora, que tenía en su casa un arsenal de aparatos de mecanoterapia «con los últimos adelantos».